

...Y me sentí doctora

Karen Lizeth Álvarez Raigoza

Era un día normal, martes de práctica de Salud Pública, un día extenuante y más allá de eso, reconfortante. Las tardes de los martes corren rápido y dejan la satisfacción de haber aprendido algo nuevo y ser un poquito médico.

Citología, palabra evadida y temida por las mujeres, indiferente en muchos casos a los hombres y parte normal del quehacer médico; espacio de intimidad, de respeto, vergüenza y miedos. Todo pasa quizás en menos de 15 minutos, en los que el paciente entrega su confianza a nosotros o en mi caso, a una médica “en formación”. Sentí la satisfacción de que me dijeran Doctora, hecho bastante significativo para mí. La enfermera que me acompañaba, me explicaba cómo se realiza la toma de citología y les decía a las pacientes que yo estaba realizando un estudio.

Trataba de mostrar una cara seria para animar a las pacientes. Veía y veía citologías, mientras les decía “más te demoras en acomodarte que en realizar el examen” “relájate que eso no dolerá”. Cuando llegó el momento de mi primera paciente, ahora sí nada de quedarse viendo. Me pasó un escalofrío, definitivamente una cosa es ver y otra es hacer. Llamaron a la paciente y me puse nerviosa. Me preguntaba ¿Cómo será la paciente? ¿Se dejará hacer la citología de mí? Varias ideas pasaron por mi mente mientras con las manos pedía a Dios que me ayudara a hacerlo bien.

En realidad la citología es un proceso básico. Entró una señora de 35 años, de aspecto juvenil y por cierto, simpática. Era la paciente indicada para hacer mi primera citología. Me sentí tranquila. Cuando se estaba acomodando en la camilla me comentó que para ella la citología era terrible pues no le había ido bien en las experiencias pasadas. Otra vez volvió ese nerviosismo que también me decía ¡No lo puedes estropear!

Poco a poco empecé, despacio y mirando a la enfermera para que me indicara con su mirada y aprobara lo que iba haciendo. Tomé las muestras y aquí vino el momento importante. Sacar el espéculo. Lo hice sin lastimarla. Ahora sí, con seguridad y con la actitud de toda una médica, le indiqué que habíamos terminado. Ella fue a vestirse. Me quité los guantes sudando bastante y pensé: Menos mal los pacientes no se dan cuenta de cómo uno también sufre. Al salir del baño, la señora dijo algo que me hizo sentir una gran persona. Comentó que había sido la primera vez que no le había dolido la toma de una citología.

Así fue como hice mi primera citología. Después hice otras aunque más tranquila. Sin embargo, la primera vez es la que no se olvida y aunque todo fue muy rápido y el procedimiento es sencillo, la experiencia es relevante en mi formación como Médica.

